

SER HERMANO, UN DESAFÍO EVANGÉLICO Y MISIONERO

Roma, 7 de mayo de 2022

Intervención del Hermano Eric T. de Clermont-Tonnerre, op

1 Muy contento de estar entre vosotros con ocasión del vuestro capítulo general para abordar este tema tan esencial para nuestra Iglesia y nuestro mundo: la fraternidad. Me dirijo a Hermanos... siendo yo mismo "Hermano predicador", a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con la intención de permanecer con vosotros, un momento, esta mañana, "en la escuela de la fraternidad cristiana" y/o "en la escuela cristiana de la fraternidad".

2 Tras algunos apuntes más bien filosóficos (n^{os} 1 y 2), haré referencia al Nuevo Testamento (n^o 3), y después reflexionaré, desde un punto de vista más teológico, sobre los elementos que pueden desarrollar la fraternidad y estructurarla (n^o 4). Por fin, trataré de mostrar hasta qué punto la fraternidad es un elemento esencial para la misión de la Iglesia, sacramento del Reino y enviada para la salvación del mundo... La fraternidad es, en efecto, la característica principal de la misión eclesial y la única política posible en sociedad (n^o 5).

1. La prueba de "lo común"

3 Hace algunos años, un grupo de jóvenes cristianos me invitó a uno de sus encuentros con el fin de tratar para ellos y con ellos el tema de la soledad. Habían puesto como título al encuentro y a la intervención de media hora que me habían solicitado: "La soledad, ¿se nos pega a la piel?". Yo respondí: "Sí, se nos pega a la piel durante toda nuestra existencia, pero hay que distinguirla del aislamiento". Existir, ser uno mismo, es ser único, separado, distinto de los demás. Ser y estar solo ¡es todo uno! La soledad está ahí, es una experiencia, una toma de conciencia, algo ontológico, mientras que el aislamiento es el resultado de circunstancias, el fruto de acontecimientos, de situaciones, de decisiones. **Sin embargo, si existimos solos, nacemos de otras personas, vivimos entre otros, con otros, gracias a otros... y damos la vida a otros y con otros.** La existencia humana se juega en la realidad y la experiencia -diversas según las personas- de la paternidad(maternidad)/filiación, en la experiencia de ser hijos/hijas, después en la experiencia de ser padres, de ser hermanos y hermanas de otros. Por tanto, estamos al mismo tiempo separados y ligados. La cuestión de la soledad y la experiencia de estar juntos tienen aspectos relacionados.

4 Para vivir y hacer vivir, para pensar, para amar, para dar... hay que estar a la vez solos y con otros, en una **articulación entre lo "común" y lo "personal" que supone siempre una prueba.** La educación tiene que ocuparse siempre de **la soledad** -que cada cual debe gestionar y asumir de la mejor manera posible- y de **la comunión** que debe vivirse y asumirse igualmente con sus exigencias y sus dificultades, de tal manera que esa soledad sea feliz y fecunda. La fraternidad es a la vez un don y una tarea. Es aprendizaje, "prueba"... y elección de lo común: se trata de tener parte, de compartir, de tomar partido, de ser parte interesada.

5 **Lo común es una prueba** porque es un don que nos pone a prueba: aporta alegrías, satisfacciones, placeres; pero es también a veces, con frecuencia, doloroso, por los límites de cada cual, de uno mismo y de los demás; conlleva su carga de dificultades; exige de nosotros

actitudes y comportamientos que no siempre nos agradan. Por eso el Padre H.-D. Lacordaire, restaurador de la Orden de los Predicadores en Francia, describía así la vida fraterna en comunidad: "La más dulce y más dolorosa de las cargas".

6 Lo común es eso que debemos hacer que suceda, lo que conviene actualizar, traer a nuestra existencia. Lo podríamos distinguir de lo "colectivo", que es el lugar donde lo impersonal amenaza constantemente con sustituir al "nosotros". ["En el 'on' (francés) impersonal, el 'nosotros' se estropea, porque allí el 'yo' ya no es nadie", escribe Gilles Hanus en *L'épreuve du collectif*, París, Verdier, 2016]

7 En lo colectivo, los "yo" y el "nosotros" no están bien armonizados. En el grupo o la comunidad hay un "nosotros" auténtico, aunque no sea perfecto... porque **el "nosotros" es siempre un proyecto, está siempre por realizar.**

2. Fraternidad y comunidad

8 En nuestras sociedades la palabra "comunidad" se ha vuelto banal y podría incluso esconder una trampa. En Francia, por ejemplo, se habla de la comunidad musulmana, de la comunidad asiática, de la comunidad homosexual... Se nota también un cierto **desarrollo del comunitarismo**, que consiste en hacer valer las especificidades de una comunidad -étnica, religiosa, cultural, social...- en el seno de la sociedad en su conjunto. El comunitarismo puede provocar una cierta crisis en la comunidad nacional, en la escuela, en la comunidad eclesial.

9 Desde el punto de vista religioso, se habla a menudo y con facilidad de las derivas sectarias de las que ciertas comunidades pueden ser víctimas. **Toda comunidad puede fundarse, principalmente al principio y luego exclusivamente, sobre la similitud:** el mismo origen, la misma identidad, la misma religión, las mismas convicciones. Los estudios han destacado con frecuencia la diferencia en una secta y la Iglesia. Nuestra Iglesia se dice Una, pero su unidad se enriquece y sanea por los otros calificativos afirmados en el *Credo*: su santidad (que la Iglesia es beneficiosa para sus miembros y quienes los rodean, en particular para las demás comunidades), su catolicidad (que asume todas las diversidades de raza, de cultura, de lengua, de costumbres), su apostolicidad (que suscita nuevas adhesiones y comuniones, respetando la libertad de los demás). Estos "calificativos" de la Iglesia pueden inspirar la fraternidad.

10 Lo que construye una comunidad no es la similitud, ni la connivencia, ni los intereses comunes, ni los sentimientos de bien-estar. Lo que hace una comunidad es **la necesidad que tenemos los unos de los otros, diferentes** -en nuestras sensibilidades, nuestras convicciones, nuestras ideas, nuestros proyectos-, para entregarnos juntos a una tarea común en la que estamos comprometidos. Ser hermano es reconocer al otro como diferente y, sin embargo, sentirse parecido a él y hacerse cercano a él.

11 En la comunidad hay que desarrollar **la fraternidad, que comienza por el respeto de los unos a los otros**, y se desarrolla luego reconociendo la necesidad que tenemos los unos de los otros y el deseo de ser miembros los unos de los otros, en la complementariedad y la interdependencia: estar juntos, vivir juntos, pensar juntos, actuar juntos, celebrar juntos...

12 De esta forma, el desarrollo de la fraternidad depende más de **la circulación de la palabra** que del bien común o la acción común, que solo pueden cobrar sentido por la palabra, la escucha mutua, la reflexión conjunta, el diálogo...

3. Ser hermano/hermana. La llamada evangélica

13 Como introducción a esta parte, quisiera decir que me siento feliz de constatar que el Evangelio habla de **los hermanos y las hermanas de Jesús** (cf. por ejemplo Mc 6,1-6). Saber que no creció en un ambiente familiar restringido, formado por un padre, una madre y un hijo único, me alegra. De él se conocen hermanos y hermanas: al menos cuatro hermanos (de los que se nos dan los nombres) y dos hermanas (al menos... pues se habla de ellas en plural). Que se trate de hermanos y hermanas de sangre o primos, en cierta manera no importa tanto. Y es que **Jesús no creció solo**. Aunque, paradójicamente, Jesús no habla nunca -o casi nunca- de su madre María, de su padre José, de su familia... Lo contrario habría resultado embarazoso: ¡un clan familiar que podría reivindicar haber engendrado al Mesías! Esta discreción sobre su medio familiar, sobre su legado de familia, hace resaltar, por contraste, el linaje de sus discípulos, hombres y mujeres, al que nosotros pertenecemos: somos sus hermanos y hermanas.

14 Las invitaciones a vivir como hermanos son numerosas en el Nuevo Testamento (cf. las referencias que se dan en el número 26 del documento *La vida fraterna en comunidad* de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA), del 2 de febrero de 1994: Rm 12,10; 12,16; 15,7; 15,14; 1 Co 11,33; Ga 5,13; 6,2; 6,9-10; 1 Tes 5,11; Ef 4,2; 4, 32; 5,21; Sant 5,16; 1 Ped 5,5; 1 Jn 1, 7). Por ejemplo, “amaos cordialmente los unos a los otros, estimando en más cada uno a los otros” (Rm 12,10) o “servíos por amor los unos a los otros” (Ga 5,13). Estas invitaciones hunden sus raíces en la revelación evangélica de Dios Padre y de su Hijo, “primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29). Jesús no ha dado importancia a su familia natural, pero, en cambio, ha insistido sobre su nueva y verdadera familia: “Ahí fuera están tu madre y tus hermanos que desean hablarte [...] ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre’” (Mt 12,46-50). Al discípulo se le invita -en línea con lo que se le solicitó a Abraham- a dejar todo para seguir a Jesús (cf. Mt 19,27-30). **En el respeto y la acción de gracias por la raíces humanas, familiares y sociales** que, en nuestra historia personal, han hecho de nosotros seres humanos, estamos llamados a crear esas **nuevas relaciones fraternas características del Reino que viene** y a enraizarnos en ellas. Nuestras primeras raíces son importantes, pero no deben impedir las nuevas raíces, que podríamos calificar de escatológicas y dan lugar a una multitud de hermanos.

15 Jesús nos ha dado a conocer el verdadero rostro de Dios revelándonos la relación íntima que une al Hijo con el Padre, al Padre con el Hijo. Él nos ha hecho entrar en ese misterio haciéndonos **coherederos con Cristo del nombre del Padre** -de su Reino, de su Voluntad, de su Pan cotidiano, de su Perdón, de su Salvación- y, en consecuencia, **corresponsables de la extensión de ese Reino**.

16 Esto no lo podemos hacer sino en el misterio eucarístico que lleva a cabo nuestra incorporación a Cristo y a la Iglesia, y nos envía a **relacionarnos con los hombres y las mujeres, nuestros hermanos y hermanas**, para que su salvación llegue, por Él, con Él y en Él -pero también por nosotros y con nosotros-, hasta los confines de la tierra. Tenemos, por

tanto, que acoger la fraternidad, vivirla juntos en Iglesia, dar testimonio de ella y hacerla realidad con todos los hombres, con cada uno y cada una, en particular con los más desfavorecidos. (cf. Mt 25,31-46)

17 El don fraternal por excelencia es la paz. Las primeras palabras de Jesús a sus discípulos, ocultos por miedo la tarde de la Resurrección, fueron: “¡Paz a vosotros!” (Jn 10,19 y 26). Ese mismo día, por primera vez, les había llamado “mis hermanos” (Jn 20,17). La paz es también la primera palabra que los discípulos, enviados en misión de dos en dos, deben decir a quienes los reciban: “¡Paz a esta casa!” (Lc 10,5). En la liturgia eucarística la palabra paz se repite hasta siete veces (!) entre la oración de los hermanos (el Padrenuestro) y la comunión de los hermanos en el cuerpo y la sangre de Cristo para permanecer unidos. Para que esta paz llegue y se haga realidad es necesario el amor fraterno en los siguientes tres niveles, todos ellos indispensables: **el placer de estar juntos** -en la relación paternal/filial/fraternal-, **la amistad** -en el compartir de las alegrías y las penas, del trabajo y sus frutos-, y **el ágape** -la capacidad de dar la propia vida por aquellos a los que se ama-.

18 Los bautizados, en general, y en particular los religiosos, están invitados a **llevar una vida fraterna que constituya un signo**. Se trata de aprender a ser hermano, en una fraternidad a la vez de proximidad y universal. En la línea de la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37), hay que pasar de la pregunta desacertada “¿y quién es mi prójimo?” a esa otra más justa: “¿Cuál de esos tres se mostró como el prójimo del hombre asaltado por los bandidos?”. Dicho de otra forma, de “¿y quién es mi hermano?” a “**¿de quién te has hecho tú hermano?**”.

4. Desarrollar y estructurar la fraternidad, cómo “vivir juntos”

19 Me parece que, para un cristiano, resulta interesante concebir la fraternidad a partir de su fuente, el misterio de la Trinidad; las tres personas de la Trinidad pueden inspirar determinados aspectos de la fraternidad, de la vida comunitaria, del vivir juntos eclesial y social; ellas significan también tres momentos del despliegue de la fraternidad. **La persona del Padre** nos recuerda que toda comunidad humana -toda comunidad eclesial, religiosa-, toda relación fraterna es un don, un don que se nos da, algo recibido que nos precede y nos obliga. Así, todo vivir juntos, toda relación, debe desarrollarse en régimen de don, de don que hay que acoger en la fe o, para las comunidades humanas, en la confianza. **La persona del Hijo** nos recuerda que toda relación -todo vivir juntos, toda comunidad- es una tarea en la que cada cual debe participar, a la que cada uno se debe entregar, en respuesta al don del que acabo de hablar. Toda comunidad humana, todo vivir juntos, es también un lugar de prueba, o el lugar de la prueba. Es ahí, en las relaciones, en el vivir juntos, donde más se nos pone a la prueba. Es ahí donde se nos somete a juicio. Es ahí donde encontramos dificultades, conflictos y, en consecuencia, donde necesitamos el perdón. **La persona del Espíritu** nos recuerda que todo vivir juntos solo es fecundo si nos une de verdad, aun permaneciendo distintos, si nos liga de verdad, aun dejándonos libres, si nos acerca, aun dispersándonos, enviándonos.

20 Y ese vivir juntos, cuando es justo y vivo, no solo se ofrece él mismo como tal, sino que aporta **un sentido a la existencia**. ¿Cómo puede ilustrarse esa relación entre el vivir juntos y el sentido a la existencia? Quizás reflexionando sobre **la alianza**, ya que es haciendo alianza con los hombres como Dios otorga el vivir juntos, la comunión y la comunidad. Si se trata verdaderamente de una alianza, es decir, si las personas concernidas aceptan

implicarse, compartir, trabajar juntos, entonces el vivir juntos va a proporcionar a esas personas un aumento de sentido a su existencia. Toda alianza procede de una llamada. **La llamada** es, en cierto modo, la alianza en su punto de partida, en su origen. Según la tradición bíblica, somos 'llamados' a hacer alianza, a vivir juntos. Cuando Dios hace alianza, ofrece también **una promesa**, un horizonte, un futuro: no solo bienes, no solo una tierra, sino, sobre todo, el desafío, la capacidad de vivir juntos, el desafío de la comunión con Él y entre nosotros, el desafío del Reino. Haciendo alianza con los hombres Dios propone también **un camino: la ley**. La ley es el camino; más aún, es la luz para el camino.

21 Por tanto, vivir juntos aporta siempre un sentido a la existencia de las personas y este sentido es esencial para **la estructuración de la propia persona y para la estructuración de las comunidades**. Pero para que este sentido realmente llegue es preciso que el vivir juntos no sea solo, como sucede de vez en cuando, un "estar", sin más, una yuxtaposición de personas. Al contrario, se necesita que el vivir juntos sea en verdad un proyecto, un **acompañamiento mutuo**, un sendero recorrido juntos, es decir un movimiento.

22 En esta línea, me gustaría insistir sobre **la idea de honrar** que conlleva todo deseo de vivir juntos, toda actitud fraternal, toda alianza. Honrar a alguien es, en primer lugar, reconocer que existe, que está ahí y que su presencia es importante. Honrar a alguien es también reconocer lo que le debemos, lo que nos da, lo que nos aporta. Pero honrar a alguien, aún más profundamente, es reconocer la parte de misterio que habita su persona y su vida. Conviene amar en el otro no solo lo que se conoce de él, sino también lo que todavía no se conoce, lo que va a venir, lo que se manifestará más tarde, aquello a lo que está llamado, aquello que es capaz de hacer. Honrar a alguien, honrar al otro, implica al mismo tiempo una aproximación (se trata de acercarnos al otro), un interés (conocerlo, reconocerlo) y una distancia (la voluntad de respetar, de no profanar).

23 Todo vivir juntos es un don, pero es también **una tarea** que se nos encomienda, a la que debemos entregarnos; no existe vivir juntos humano si las personas concernidas no se ponen a la tarea. Pero desde el momento en que comienza uno a trabajar, lo sabéis bien, llega la decepción, o las decepciones. Por lo general, son más bien los demás quienes nos decepcionan; a veces, si somos sinceros, nos decepcionamos a nosotros mismos. Pero ante todo eso que nos decepciona en nuestro vivir juntos resulta importante resistir, permanecer, teniendo ante los ojos al Hijo, Jesús. Eso es la pascua: superar la prueba, mantenerse activo, con los demás, participar de alguna manera... Por tanto, no hay pascua, no hay paso, si no se acepta revolversse contra uno mismo. Y en cualquier caso, si no lo aceptamos, el vivir juntos de algún modo nos obligará a ello. Y es que vivir juntos nos remite siempre a nosotros mismos y a nuestras opciones. Vivir juntos pone a cada cual en su lugar, le revela sus cualidades y sus límites. Por esta razón, de forma paradójica, vivir juntos remite a cada uno a su soledad, porque lo remite a su identidad, a su carácter único.

24 Presentemos ahora algunas condiciones para vivir juntos bien:

- **Primera condición: poner realmente todo en común** respetando las diferencias. Es decir que tenemos que vivir una verdadera amistad con quienes vivimos y trabajamos. Poner en común es preocuparse por los demás, compartir realmente las responsabilidades y las tareas.

- **Segunda condición: realizar la verdad**. Hay cuatro palabras que deben caracterizar el vivir juntos. Estas cuatro palabras están tomadas del salmo 84: *"Amor y Verdad se han dado*

cita, Justicia y Paz se abrazan". Amor y paz constituyen los polos positivos; justicia y verdad son los polos críticos, donde se juegan las dificultades, donde se juega la pascua.

- **Tercera condición: la importancia de asumir los conflictos y de perdonar.**

25 Toda comunidad -tomemos como ejemplo la comunidad familiar- es un lugar que **congrega y une, de hecho, a seres que se aman, pero que debe enviar a cada uno de ellos a sus actividades, sobre todo a su vocación**, a aquello a lo que está llamado. Vivir juntos no es encerrarse en esa relación de alianza, sino ayudar a cada cual (esto es importante en la educación) a desplegarse progresivamente en el conjunto de relaciones sociales, profesionales, de amistad, que tiene, o tendrá que vivir. Las relaciones entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, son importantes, pero resultan letales si impiden a cada uno incorporarse a otras alianzas, a otras relaciones. El equilibrio de los humanos es un equilibrio frágil. Es, más bien, un desequilibrio perpetuo, el desequilibrio del camino. El punto de partida de esta maduración, que se realiza en el vivir junto a otros, es la confianza. Para madurar humanamente el preciso que reine esa confianza que permitirá ponerse en camino.

26 Para mí, el vivir juntos al que estamos invitados significa **el Reino**. La Iglesia es signo del Reino; las comunidades religiosas son también signos del Reino. Toda comunidad humana habitada por relaciones fraternas de calidad es signo del Reino. Y es que el Reino es precisamente la relación entre Dios y los demás. El Reino presenta cuatro características evangélicas :

- es un **don**; los hermanos y hermanas que debemos amar y con los que hemos de vivir en armonía nos son dados
- está marcado por **la generosidad y la abundancia** de bienes, del don de sí y de la salvación
- se caracteriza asimismo por **la amistad fraterna** con Jesús, entre los discípulos y con toda persona
- en fin, es **objeto de atención y de reflexión**, pues se preocupa por lo que en él germina y desea ofrecer un porvenir a lo que es todavía frágil y debe crecer

5. ¿Por qué la fraternidad? ¿Será acaso la única política posible?

27 ¿Por qué la fraternidad? El filósofo y sociólogo francés Edgar Morin responde: para **"resistir a la crueldad del mundo"**. (Edgar Morin, *La fraternité, pourquoi ? Résister à la cruauté du monde*, Arles (Francia), Editions Actes Sud, 2019 - En este apartado resumo su libro). Este autor destaca los siguientes elementos, que recojo con gusto. La fraternidad no puede venir ordenada desde arriba, no puede sernos impuesta, sino que debe proceder de cada uno de nosotros, pues su fuente está en nosotros. Desde nuestro nacimiento, dos programas humanos se instalan en nosotros y nos conducen: el programa egocéntrico del "yo-me-mi-conmigo" y el programa relacional del "tú" y el "nosotros". Las fuentes que nos conducen hacia los demás colectivamente (nosotros) o personalmente (tú) son las fuentes de la fraternidad. Pero esta fraternidad puede cerrarse sobre sí misma y excluir lo extraño. La patria, por ejemplo, suscita una fraternidad ambivalente que puede permanecer abierta a una fraternidad beneficiosa más allá de las fronteras, o cerrarse en diversas formas de nacionalismo orgulloso. La necesidad existencial de ayuda mutua puede suscitar la violencia de algunos para someter a los demás, o bien solidaridades útiles que favorezcan la dignidad

de todos. La concordia y la discordia cohabitan en todas las comunidades humanas. “Por tanto la fraternidad debe regenerarse sin cesar porque está permanentemente amenazada por la rivalidad.” (pág. 30)

28 Quizás puedo sugeriros que en estos días, si tenéis tiempo -lo dudo-, o con ocasión de un próximo retiro, hagáis, como Edgar Morin, **el inventario de las experiencias de fraternidad** que hayáis conocido hasta ese momento en vuestra existencia: las grandes fraternidades duraderas y los momentos provisionales de fraternidad (págs. 31-35). En nuestro mundo ha cobrado fuerza el individualismo, que aleja de la conciencia personal las necesidades y aspiraciones de la solidaridad. Y en el momento en que más necesitaríamos la fraternidad humana es cuando se nos niega el acceso a las culturas particulares. Como la fraternidad usual tiene dificultades para desplegarse en estas condiciones, ¿nuestros contemporáneos imaginarán los **“oasis de fraternidad”** (pág. 45)... como semillas y esbozos de un mundo nuevo? ¿Cómo desarrollar al mismo tiempo lo local, lo nacional y lo internacional de la fraternidad?

29 Puesto que Eros, que trata siempre de unir, Pólemos, que intenta siempre enfrentar, y Tánatos, que trata siempre de destruir, son inevitables de toda comunidad humana, necesitamos hacer **la elección consciente de la fraternidad**, evitando la ilusión de que “toda fraternidad está definitivamente adquirida”. Es necesario comprender que “la fraternidad, como manera de resistir a la crueldad del mundo, debe convertirse en objetivo, sin dejar de ser medio. **El objetivo no puede ser un final, debe convertirse en camino, en nuestro camino, el de la aventura humana**”. (págs. 58-59)

30 El Concilio Vaticano II calificó la Iglesia de sacramento: **“La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”** (Vaticano II, *Lumen Gentium* nº 1; cf. también nº 48, *Gaudium et spes* nº 45 y *Ad gentes* nº 1). Es decir que la Iglesia no existe para ella misma, sino para el mundo, para la vida de los hombres: “Dios quiere que todos los hombres se salven”, “para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Sin embargo, para que nuestros hermanos y hermanas los hombres reciban esta salvación y esta vida no es necesario que se incorporen a la Iglesia. Porque la Iglesia “no es fin para sí misma, ya que está ordenada al Reino de Dios, del cual es germen, signo e instrumento” (Juan Pablo II, *Redemptoris missio* nº 18), aunque no se confunda con él. Distinta de Cristo y distinta del Reino, la Iglesia está indisolublemente ligada al uno y al otro.

31 La Iglesia respeta todas las comunidades humanas, incluidas las comunidades de fe de otras religiones. Respeta y sostiene a sus miembros, puesto que tratan de poner en práctica la fraternidad, entre ellos y alrededor de ellos, y de permanecer abiertos a otras comunidades. El testimonio de la fe cristiana y de Cristo no puede adoptar de entrada las formas de la predicación y la catequesis. **Es un deber que requiere los caminos de la humildad y la fraternidad**. Se trata de **hacerse hermano compartiendo la vida**, es decir, mediante la **hospitalidad**, ofrecida al otro y recibida del otro, mediante el **diálogo**, con sus dos ejes principales, el eje vertical -buscar la verdad, buscar el sentido, buscar a Dios- y el eje horizontal -caminar juntos y construir un mundo menos cruel-. A todo cristiano, su fe en un Dios Padre, que se hace hermano y aspira a la amistad fraterna con Él y entre los hombres, le invita a hacerse hermano y a serlo de verdad para contribuir, con Cristo, a la salvación de todos.